

Fragmentos de Lengua Madre (novela inédita)

[Fragments of Lengua Madre (unpublished novel)]

María Teresa Andruetto

En la caja hay una foto que la conmueve, una donde su madre ha de haber tenido la edad que ella tiene ahora. La imagen en colores desvaídos la remite a otro mundo, es el documento de una ausencia que podría tocar. Muda, de espaldas junto a la ventana de la cocina, en la casa de Aldao, con una niña que no es su hija en los brazos, una mañana o una tarde de invierno, su madre mira hacia la calle, alza ligeramente la cabeza, pensando en qué, sintiendo qué, esperando tal vez la oportunidad de decir algo, y ella se hunde en el territorio de los muertos, en la búsqueda desesperada de lo que fue, en la necesidad de comprender lo que pasó. Puede que tenga que ver el que haya crecido en una familia de inmigrantes italianos tan propensos al melodrama, una familia donde la vida de los otros, los que vivieron antes, estaba siempre muy presente. Ella vio eso, formó parte de eso, se crió con gente grande en una casa donde nada era más importante que el amor, y entonces se pregunta por qué las cosas habrán sucedido de ese modo y por qué sus padres –por qué su madre que como ella se ha criado en esa casa– habrán ahogado sus mejores sentimientos en aras de una idea... No sabe si será capaz de aceptar las respuestas que encuentre a esas preguntas, pero quisiera descubrirle un sentido a lo que ve, entender quién es y cómo fue que se hizo de ese modo, entenderlo a través de lo que hay en la caja.

I Missionari della Consolata ringraziano per l'offerta di L.250 per un Battesimo a nome di Giulia (Maria Giulia Bonnino) assicurando preghiere da parte dei moretti beneficiati.

Missioni Consolata Torino- Corso Ferrucci, 14. CCP 2-697

La cartulina ajada da cuenta de un bautismo hecho en África en nombre de su madre y asegura plegarias y rezos de parte de los negros beneficiados... el tarjetón amarillo que preside una virgen de manto azul está roto en un extremo y tiene al pie a un niño recibiendo el sacramento. Un niño africano, una niña en este caso, bautizada en italiano con el nombre de su madre: *Giulia*. Una niña de

la edad de su madre, una mujer negra que nadie sabe si vive, ni qué destino habrá tenido si no es el de su madre.

Consolata. Missioni Consolata.

¿Consolada quién? ¿Quiénes? ¿Consoladas su abuela, su madre, la niña africana, ella?

Ella no. Ella no ha sido consolada.

Cuando le presentó el proyecto de investigación a su director, él preguntó las razones por las que había elegido *Escritura de Mujeres*. Hubiera podido hablar de cuando era chica y llegaban a la casa de su abuela las cartas de su madre, contarle que el cartero bajaba de su bicicleta con un bolso de cuero negro, que golpeaba las manos por sobre el tejido del patio, cubierto siempre de enredaderas, y sacaba de aquel bolso una carta para su abuela y otra para ella. Hubiera querido decirle cómo esperaba ella esas cartas, cómo golpeaba su corazón cuando lo veía, cómo había aprendido a medir el tiempo según lo que sucediera entre una carta y otra, cómo salían de aquellos sobres dibujos y tarjetas de colores y el olor de su madre impregnado en el papel, hubiera podido contarle cómo guardaba esos papeles durante días debajo de la almohada, hasta que el cartero llegaba otra vez. Hubiera podido contarle que memorizó por años aquellas palabras, fragmentos enteros, hasta que un día, de manera brutal, decidió olvidarlas, que no sabe a qué sitio habrá ido a parar lo que su madre escribió para ella, cartas que le gustaría leer ahora para cotejar con las que tiene frente a los ojos... pero prefirió hablar del androcentrismo en los estudios literarios, de cómo los diarios publican cada año artículos sobre los mejores escritores de la década o del siglo en los que no se incluye a una sola mujer... prefirió hablar de escritoras injustamente olvidadas o no reconocidas en su real valor, desde Rosa Chacel o Armonia Sommers o María Luisa Bombal, a María Messina o Gina Lagorio o Anna Kavan... ella tiene una lista extensa en la cabeza. No habló de Flannery O'Connor, ni de Mansfield, ni de Welty, ni de Ginzburg. Tampoco de Blixen, ni de Duras. Mucho menos de Yourcenar, porque todas ellas -mal que bien- han encontrado su espacio. Habló de otras, más oscuras, tanto más ocultas. Sin embargo, a la hora de proponerle a su director el tema, buscó un equilibrio: una escritora, sí, una mujer, pero con un prestigio y una consideración ya instituidos, para que le fuera posible conseguir recursos. Y en esa negociación eligió a Doris Lessing.

Tiene un proyecto: saber si existe algo propio, femenino, en el modo de escribir de las mujeres. Detesta la palabra femenino, es una palabra tonta y odiosa. Una palabra cursi. Sin embargo, no encuentra otra que la reemplace. Suponiendo que eso exista y aparezca en la escritura, ella está estudiándolo en la obra de

Lessing. Sabrá algo más sobre escritura cuando termine. O tal vez, y ahora le parece que es lo que le importa, algo más sobre las mujeres.

En la íntima atmósfera de la casa donde su madre preservó esas cartas, ella lee ahora. Sostenido por palabras inscriptas por su abuela en unos papeles, por palabras celosamente guardadas por la madre durante años, el trío de mujeres del que ella forma parte, se encuentra finalmente, y ella *-la única que está en el mundo para saberlo-*, descubre y sostiene *-letra por letra-*, con refinada conciencia, la estremecedora belleza de la vida.

Al final de la caja, no lo había visto, hay un papel doblado, escondido, bajo el cartón del fondo que dice:

Querida hija, como hablamos recién por teléfono en la que creo fue nuestra despedida, hubiera querido revisar estas cartas y estos papeles con vos, una tarde de estas últimas de la vida, aquí en casa. De cualquier modo, sé que en algún momento leerás todo. Que si estás leyendo esto, ya habrás leído todo. Estoy segura de que verás cada cosa y la pondrás en su justo lugar. Ojalá tu juicio para conmigo no sea tan duro. Además de pedirte perdón por todo lo que no fue, quisiera decirte algo: no sé qué pasó ni por qué no pude, pero yo quise ser tu madre y quise ser muchas otras cosas que no fui, pero lo que quiero decirte, hija, en realidad, es que vos sos todo lo que yo quise ser.

Julia

Pone las dos fotos una junto a la otra. La de su madre y su abuela con el perro. La que tiene detrás, escrito con letra del abuelo: *Julia y Lucía. En la vereda de casa. 1974.* Y la foto de sí sentada en el umbral de la casa de su abuela, el de la puerta que da al patio, en esa misma vereda de baldosas acanaladas negras y blancas.

Su madre joven y su abuela en una de las fotos. Ella, diez años atrás, en la otra. Tan parecidas como diferentes su madre de su abuela, y ella de su madre y de su abuela.

Su madre, su abuela, ella.

Su madre, su abuela

Su madre, ella.

Ella.

Visita

Hoy vino mi madre a visitarme
y caminamos las dos por estas calles.
Hablamos de mi hermano,
de los hijos, de las chicas del Sur,
de mi cuñado. Otra vez yo critiqué
al gobierno y ella dijo otra vez
“¡Es un país tan grande!”. No quiere
que me queje: “¡Este país generoso
recibió a tu padre!” y rodamos las dos
hacia una zona de tristeza, en silencio,
hasta que se detiene y dice: “Ayer
hice dulce de duraznos” y yo digo
que hablaron de mi libro
en el diario.

(de *Kodak*, Edic. Argos. Córdoba: 2001)